

María Guerrero: «El círculo de tiza caucásiano», de Bertolt Brecht

127

De las frases con que Pedro Lam Entralgo, pulquerrimo adaptador de esta obra de Brecht, prologa el programa, hay una en la que encuentro particular acierto. Es aquella en la que dice: "A riesgo de no ser entendido mas que por quienes quieran entender la paradoja, diré, mezclando adrede las bromas y las veras, que puesto en el hipotético trance de elegir entre Salomón y San Pablo, Bertolt Brecht se quedaría con éste." No me sorprende la mención de Salomón, ya que "El círculo de tiza caucásiano" ("Der kaukasische kreidekreis" en el original) termina con un juicio tan salomónico como el de tener que decidir entre dos madres, natural y adoptiva. No obstante, yo hubiera considerado todavía más exacta la frase, más ajustada al pensamiento de Brecht, si en lugar de ser Salomón y San Pablo los enfrentados en la hipotética elección lo fueran, por una parte, Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, y por otra, San Pablo y San Agustín. En realidad, lo que Brecht hace en "El círculo de tiza" es disociar y contraponer la Justicia y el Derecho, dos conceptos que en abstracto se consideran comúnmente como sinónimos. Para Brecht no lo son. Brecht prefiere, a la letra que "reglamenta" la Justicia, la Justicia que brota naturalmente de un sentimiento de fraternidad humana y busca en todo el orden y la perfección; un orden y una perfección "humanas", no legalistas. De aquí que afirme que cada cosa pertenece a quien sea capaz de mejorarla, de encaminarla hacia el bien; sentencia que vale tanto para decidir el destino de un "koljos" como para decretar el porvenir de un niño. Alguien calificó a esta pieza de "moralidad", y lo es en cuanto abomina de la violencia, propugna la paz y da preeminencia al amor, incluso sobre un "derecho" tan sustancial como el de la sangre.

Se tiene a "El círculo de tiza caucásiano" por una de las obras maestras de Brecht, en paralela calidad a "Madre Coraje". Merece tal consideración por muchas razones, entre las que cuenta la precisión con que están definidos humanamente los diversos personajes, la perfección dramática de algunas escenas—valgan de ejemplo los diálogos entre Grucha y Simón Chachava o casi todas las correspondientes al juicio—y la difícil mezcla de sátira, humor, ironía, poesía, tragedia y ternura que se produce a lo largo de la obra, cuyo final, por añadidura, es un rotundo acierto de sensibilidad expresiva. Encuentro difícil mejorar—y explicar—

ese perderse y difuminarse en la lejanía y el silencio—no en el olvido—de la figura del juez Azdak, y aún esta misma figura en sí misma es una maravillosa creación que basta para calibrar la valía de Brecht como autor de teatro. Sin duda resulta excesivamente larga la aventura de Grucha, toda ella realmente prólogo del juicio en que Brecht expone su pensamiento clave. Estructuralmente, pues, es una obra desequilibrada, premiosa en cierto modo, por cuanto se recrea en escenas secundarias o marginales; ofrece también el inconveniente de abusar del actor-narrador, cuyas explicaciones enfrían inevitablemente la acción y prolongan el tiempo del espectáculo con perjuicio para éste. De todos modos la diversidad, ya indicada, de los "tonos" en que la comedia se desarrolla, y la belleza de la letra, en la que se engarzan poemas y pensamientos de excepcional calidad, compensan las deficiencias señaladas.

Se comprende por todo lo dicho que "El círculo de tiza caucásiano" sea una obra de muy difícil dirección. Como me gusta ser sincero, he de decir que la impresión que saqué del montaje realizado por José Luis Alonso fue de que no había logrado dar con el punto medio necesario para que la multiplicidad de intenciones, inflexiones y personajes de la pieza adquiriera verdadera coherencia y sentido unitario. La representación parece marchar un poco a saltos entre el drama, la farsa y la comedia. No se, sin embargo, por qué; mejor dicho, no sabría explicar de qué modo podría haber salvado este director—cuya singular valía he reconocido—este particular escollo. El hecho es que no ha terminado de convencerme el resultado, aunque aisladamente, separadas unas escenas de otras, si considere que llevan todas ellas la impronta de su firma. Algo así como si con buen acite, buen vinagre y buena lechuga no hubiera acertado a hacer una buena ensalada, al menos para mi gusto. Pero comienczo por reconocer—repito—que en cuanto a dirección, "El círculo de tiza" lleva los diablos en el cuerpo.

Son muchos los personajes de la obra y extenso, por consiguiente, el reparto, pese a que algunos actores dupliquen el papel. En general todos lo hicieron correctamente, pero hay algunos que es preciso singularizar. En particular tres: María Fernanda D'Ocón, en Grucha, luce unos registros dramáticos de alta calidad, como en ella es costumbre; José Bódalo, en el juez

Azduk, está sencillamente admirable, a la altura—y ya es decir—de su papel, y Paco Hernández, en el personaje de Simón Chachava, hace un galán francamente ejemplar. Entre los tres bordaron las mejores escenas, una de las cuales, de Bódalo, fue aplaudida. Del resto del largo reparto citaré a Ana María Ventura, Gabriel Llopert—narrador—, Félix Dafauce, Félix Navarro, José Luis Heredia—magnífico—, Julia Trujillo—muy en su personaje—, Margarita García Ortega y niño—simpático, aún sin hablar—Tito Ibarzábal.

Aparte la escena ya indicada fueron muy aplaudidos los finales de parte, en especial al término de la representación. Director y adaptador saludaron con toda la compañía, mientras el telón se alzaba múltiples veces y sonaban bastantes "bravos". Acertadas las adaptaciones musicales de Pedro Luis Domingo y bonitos los elementos decorados de Sigfrido Burmann, realizados por Manuel López.

Elías Gómez Picazo